



## SABER A DONDE VAMOS

La vocación evangélica de Francisco de Asís, don del Espíritu al mundo (como toda vocación), estuvo sostenida siempre, a lo largo de los siglos, por estas palabras iniciales de la Regla: «Vivir el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo». Todas las estructuras que se han creado en el espacio y en el tiempo, en todas las épocas de la historia y en todas las culturas, han sido instrumentos para acercar este mensaje a los hombres de todos los tiempos.

La experiencia de Francisco nos lleva a considerar el camino vocacional franciscano. San Francisco, nuestro padre y Hermano nos ha legado en sus escritos, síntesis de su vida, de su oración y de su reflexión espiritual.

Por lo que hay que, de vez en cuando, volver a empezar... a releer.

Delante del crucifijo de San Damián nos situamos en actitud del que pide luz para discernir con rectitud y certeza el camino que debe emprender, la elección de vida que debe hacer. La oración brota en Francisco, sin duda, del deseo vivo de conocer su vocación, pidamos lo mismo.

San Francisco es consciente que el discernimiento en el hombre es fruto de la iniciativa gratuita de Dios. Pidamos en la oración individual y en Fraternidad nosotros y para quien emprende el camino, para poder llegar a la comunión plena y perfecta con la Trinidad.

La Palabra de Dios es luz para toda nuestra vida, en la integración y concentración de nuestra personalidad en Dios. Es la verdadera orientación transformante de nuestra vida. Observemos la relación de Francisco con la Palabra de Dios.

La formación franciscana, basada sobre el encuentro personal con Jesucristo pobre y crucificado, da solidez a la vocación, prepara a la misión. El cuidado de la vocación no puede ser una simple estrategia para asegurar la continuidad de nuestras Entidades y de nuestras obras apostólicas; no puede ser un simple medio para conseguir nuevos «adeptos»; no puede obedecer a una preocupación más o menos angustiosa por el número y la supervivencia.

**Quizá pienses** que la mayor bienaventuranza de este mundo sería poder vivir de lo que uno ama. Y llegar a amar aquello de lo que uno vive.

Fuimos llamados a realizar en este mundo una tarea muy concreta, cada uno la suya.

**Saber a dónde vamos, para qué vivimos y qué es lo que queremos.**

**Orar** no consiste en recitar precipitadamente y de forma maquinal oraciones o el breviario.

**Orar** es postrarse ante Dios en un silencio de estupor y asombro para adorarle y decirle que le amamos, para darle gracias por todos sus beneficios, para cantar su gloria y ensalzar su poder de salvación en favor de los hombres.

**Orar** es dedicar tiempo a contemplar a Dios, mirarle cara a cara y a dejarse mirar por Él.

La vocación vivida con gozo es siempre noticia, historia fascinante de la que se hace partícipes a los demás. La vocación acogida con estupor y vivida con entusiasmo se torna necesariamente invitación: «Venid y veréis»

Francisco impresiona a los hombres y mujeres de nuestro tiempo por muchos motivos. Su atractivo nace de ser un hombre «realizado» que supo encarnar valores que todos miran con particular atención.

Francisco coloca al principio de nuestro vivir en común no es el dar, sino el *pedir*. Como si dijera que para construir una comunidad hay que ser capaces de tender la mano, reconocer que, lejos de ser autosuficientes, necesitamos al hermano y a la hermana con quienes convivimos. Sin esta humildad (reconocer mi necesidad, tender la mano pidiendo ayuda) es imposible una verdadera comunión. Luego viene el *dar*, el responder a la petición del hermano/hermana, el tener los ojos abiertos no sólo a mi necesidad, sino también a la del otro.

**Francisco descubrió la peculiaridad de su vocación cuando «el Señor le dio hermanos». También nosotros estamos convencidos de que nuestra forma de vida sólo tiene sentido si se vive en la Fraternidad. El primer anuncio del Evangelio que se nos pide es atestiguar que se puede vivir como hermanos, no obstante la diversidad de mentalidades y de culturas.**

El franciscano debería ser testigo del camino hacia una libertad que es rechazo de todo apego terreno, de cualquier forma de poder y de posesión egoísta. El franciscano es un hombre pacificado y gozoso, a la búsqueda incesante de su identidad mediante la belleza de su vocación. Pero esto sólo es posible si en la base existe una profunda disponibilidad para encontrar a Dios, que nos busca continuamente y nos ama.

Quien llega a la fraternidad «por divina inspiración» la fraternidad lo acoge y lo acompaña. La «divina inspiración» pide un compromiso común de fidelidad al seguimiento de

Cristo, gracias al Espíritu. La oración intensa y continua, la comunión de vida profunda y fraterna, el anuncio claro y valiente del Evangelio, una formación seria y adecuada llevará a experimentar con alegría el carisma franciscano.

Por eso hay que cuidar nuestra vocación, la nuestra y la de los hermanos, y hacerla cada día más perfecta. Para ello hay que conocerla, conocer a nuestro padre y Hermano Francisco verdadero amante e imitador de Cristo. Acoger y seguir con amor a Cristo, que se hizo nuestro camino. Para ello hay que amar cada vez más la propia vocación.

Ser responsable. Somos responsables de que haya personas que no reciban el mensaje de Cristo. Esto exige valentía y perseverancia. Pocos seguirán a Jesús, casi todos nos «crucificarán», por ello hay que estar siempre atentos, prepararse, leer, informarse de quien sabe y opinar con argumentos, defender nuestra fe de la que somos responsables en propagar, y casi siempre será con el ejemplo.

No se trata de cambiar el mundo con grandes proyectos, sino en cada día con nuestros gestos, conversaciones, abrazos, testimonios, y que vean los demás, que aún en la diversidad, somos hermanos que irradiamos amor, que sabemos dónde vamos.

**¡HERMANOS! ¿SABEMOS A DÓNDE VAMOS?**

**Frecuentemente el cristiano no conoce el núcleo central de la fe católica, del Credo, dejando espacio a un cierto sincretismo y relativismo religioso, sin claridad sobre las verdades que creer.**

**¿Conoces tu fe?  
¿Conoces TU Regla?**



# CUMPLIR LA VOLUNTAD DE DIOS

## RETIRO DE CUARESMA ZONA JUAN XXIII

El viernes 15 de marzo de 2024 en la Casa de Ejercicios **Sagrado Corazón** de las Religiosas Esclavas de Cristo Rey, en Guadalupe (Murcia), tuvo lugar la acogida de los hermanos más madrugadores para asistir a este Encuentro, encuentro enmarcado en la frase: **UN PADRE NO NACE SE HACE**. Naturalmente, hablamos de **San José**.



El sábado 16 de marzo tras el rezo de laudes y el desayuno con la alegría de estar 30 hermanos reunidos para la primera meditación, (faltaron las fraternidades de Almansa, Almería, Cieza, Orihuela y Villarrobledo), el asistente de la Zona, nuestro hermano en la OFS Ralph Hueso López, Diácono permanente. Tras la oración inicial con las guitarras y cantos de Andrea y José Luis se inicia la charla sobre San José, ese gran desconocido aún hoy. San José = crecer paulatinamente en virtud.

San José es símbolo de todos los padres.

Encontramos oraciones a San José y a María inseparables en Jesús. San José nos interpela porque está lleno de amor. El objetivo, la meta, es crecer en el amor.



Padre amado, padre querido porque ha hecho un gran servicio, ha salido del mundo prestando su servicio al mundo.

Somos una fraternidad de vida que busca el equilibrio entre lo activo y lo pasivo.

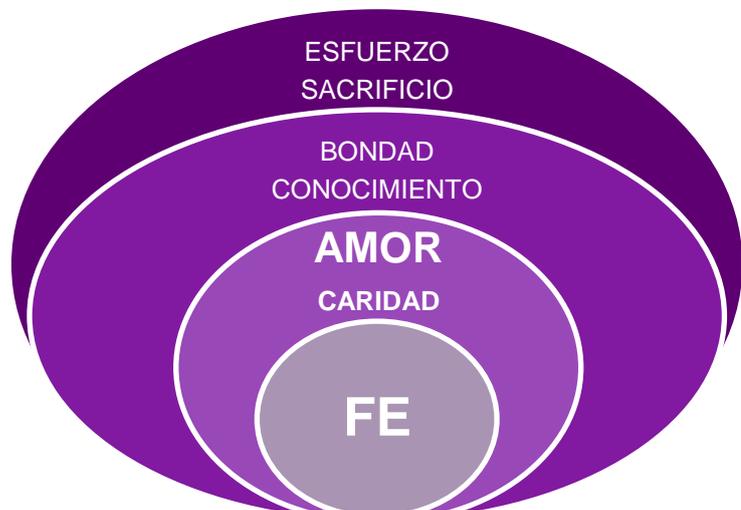
San José se hace padre « El que me ame observará mi palabra » San José se descentró de sí mismo para dedicarse a Jesús y a María.

Los franciscanos fueron impulsores en la transmisión a San José ya en 1399

Después de la oración del ángelus Ralph continúa introduciéndonos en la figura de San José bajo el aspecto de la ternura. Los hijos necesitan la seguridad interior que le dan los padres. José nos enseña que tener fe en Dios es tener confianza aún en la tribulación, en la enfermedad, en los miedos. No hay mayor consuelo que el amarse unos a otros. Tanto José como María pronunciaron el *fiat* "Hágase". El plan de salvación es hacer la voluntad del Padre.

En cada circunstancia de su vida José supo pronunciar su sí, su fiat, su hágase. José enseña a Jesús a ser obediente a su Padre con su ejemplo. La vida no es cuestión de tenerlo todo claro antes de dar un paso, es ponernos a caminar tal como viene. San José acoge a María, acoge los planes de Dios según se los va mostrando.

Transformar el mundo cada uno en su parcela.



La fe nos conduce al Amor, a Dios

Hemos venido a evangelizar el mundo. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece. Acogiendo la voluntad de Dios es el modo de santificarse.

La Iglesia aprende de San José a aceptar todas las situaciones.

La fe es la única que nos conduce al amor y el amor es Dios.

San José, el padre en la sombra, la sombra del Padre celestial en la tierra.

La conversión es progresiva. Ser padre significa introducir al niño en la experiencia de la vida.

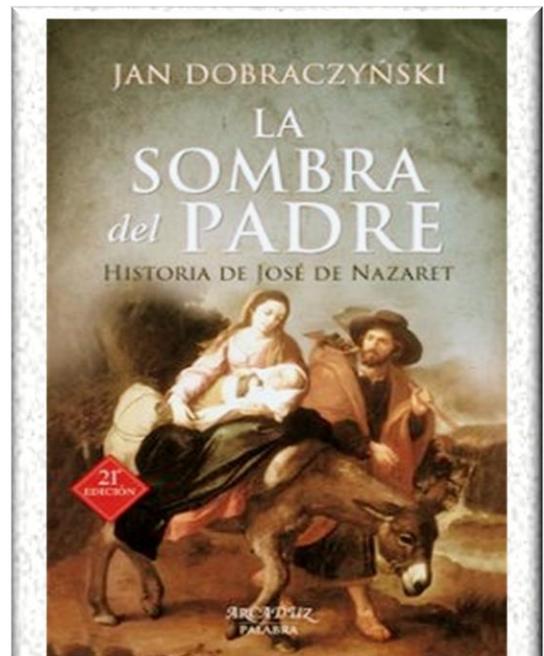
Padre castísimo = estar libre de la facultad de poseer en todos los ámbitos de la vida. Dios amó al hombre con amor casto dejándolo libre. Su silencio contempla gestos de confianza.

El mundo necesita padres. Estamos llamados a ser perfectos en el amor, en la caridad. La libertad es la capacidad para hacer el bien.

Debemos aprender a aceptar nuestra debilidad. El Maligno nos hace mirar nuestra fragilidad con un juicio negativo. A través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto. Así, José nos enseña que tener fe en Dios incluye además creer que Él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca. A veces, nosotros quisiéramos tener todo bajo control, pero Él tiene siempre una mirada más amplia. La nobleza del corazón de José acoge a María sin condiciones. La acogida de José nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles. **Nadie nace padre**, sino que se hace. Y no se hace sólo por traer un hijo al mundo, sino por hacerse cargo de él responsablemente. Todas las veces que alguien asume la responsabilidad de la vida de otro, en cierto sentido ejercita la paternidad respecto a él. *Patris Corde*.

María es más que la madre de Jesús, es nuestra madre espiritual, el modelo de nuestra fe es María. Creer es amar como María. Cuan grande fue la devoción de José por María que la guardó como un santuario. Cómo era María, basta con mirar a Jesús. Las bienaventuranzas son un reflejo de María, vemos en Pentecostés a María como madre universal de la Iglesia. Y ya por último decir: el significado de la cruz es aliviar el dolor ajeno.

● **Ralph** nos dejó dos documentos: ID A JOSÉ y EL SILENCIO DE MARÍA. Están en drive.



El autor de esta novela Jan Dobraczyński en 1977 nos presentó a San José y el primado de Polonia, el cardenal Stefan Wyszyński dijo: En **la sombra del padre** has puesto al descubierto la luz del Protector de Jesús y de su Madre Inmaculada... Nos has ayudado a entender a san José.

### **PATRIS CORDE**

Respecto a este libro dijo el Papa: Con la imagen evocadora de la sombra define la figura de José, que para Jesús es la sombra del Padre celestial en la tierra: lo auxilia, lo protege, no se aparta jamás de su lado para seguir sus pasos.

Carta Patris corde del 8 de diciembre de 2020.  
Papa Francisco.

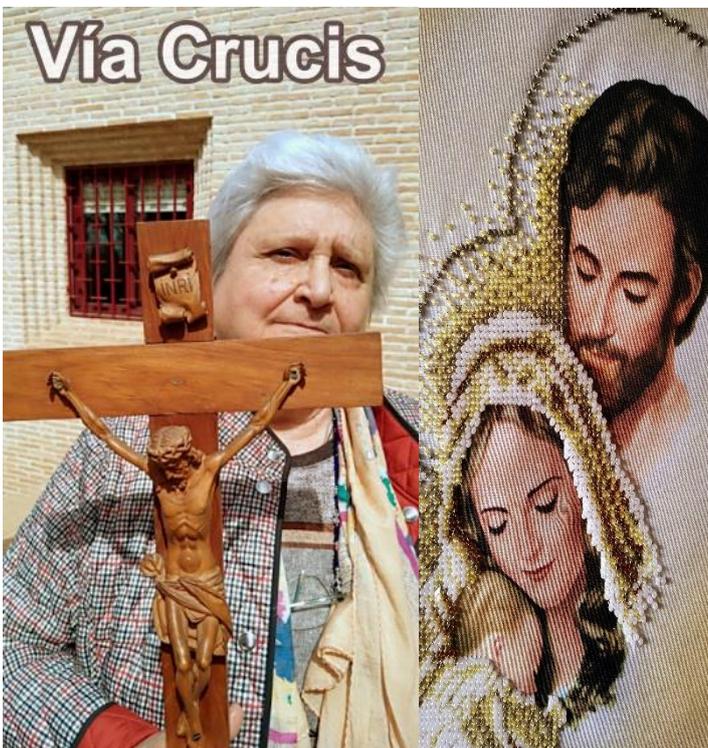
Entre las meditaciones propuestas por el hermano Ralph hubo momentos de descanso, de confraternización y momentos de dialogo.



Se hicieron las oraciones de Laudes, Vísperas y Ángelus. Vía Crucis.



Se celebró la Exposición del Santísimo, y la Celebración de la Palabra por nuestro hermano Ralph, y después de la comida del domingo nuestro hermano presbítero Juan Bautista realizó el esfuerzo de acompañarnos, pues llevaba el día pleno de eucaristías, por lo que quedamos sumamente agradecidos.



Después de meditar y reflexionar de la materia expuesta por Ralph y en tiempo Pascual quizá sólo podemos añadir:

**Ser peregrinos de esperanza y constructores de paz** significa fundar la propia existencia en la roca de la **resurrección** de Cristo, sabiendo que cada compromiso contraído, en la vocación que hemos abrazado y llevamos adelante, no cae en saco roto.

Papa Francisco.



# Arraigados y Edificados

## Capítulo 20

Para que la dignidad de la persona humana sea una realidad viva.

Llegando a este capítulo ya el número 20 de esta serie de audios de Arraigados y Edificados, revisando que en muchos de ellos he trabajado mucho en la reflexión del “**ser**”, del



**sentido de nuestra vocación**, pero todavía queda mucho por profundizar en nuestro caminar en este mundo, como pueblo de Dios que camina por el desierto de la vida hasta nuestro encuentro con el Padre en la vida eterna. Nuestro caminar debería ser siempre al ritmo ágil y libre de Jesús; siempre atentos a quienes quedan descartados al borde del camino. Donde no haya cabida a la indiferencia del sufrimiento humano. Las migraciones, la desigualdad, la soledad, la violencia y el sinsentido, son los rincones donde las personas desplazadas, los pobres, los cautivos, los ciegos y oprimidos esperan a los seguidores de Cristo unidos, a nosotros hermanos que seguimos las huellas del pobre de Asís, para que sean rescatados y reconocidos como hijos de Dios. Porque «no olvidamos que somos parte de una Iglesia samaritana, que más allá de toda parafernalia y pomposidad que queramos darle como orden religiosa, hemos de ser el samaritano que se detiene y cura, a imitación de Cristo.

Las necesidades sociales, los derechos y deberes ciudadanos, las relaciones entre países, el diálogo o la acción política nos debe interpelar como cristianos, pues como hijos de un mismo Padre, nos empuja a estar activa, libre y responsablemente trabajando por la dignidad de cualquier persona.

Pues bien lo deja claro en nuestra regla, que disponemos de tres artículos, a mi parecer, a veces algo diluidos, como olvidados, poco meditados, y en ocasiones nada llevados a la práctica, pues conlleva el esfuerzo de salir de uno mismo, y darse al hermano.

En este caso haré una excepción de nuestros podcasts (audios), y voy a leerlos literalmente con la intención de profundizar y trabajarlos en este capítulo.

**13.** De la misma manera que el Padre ve en cada uno de los hombres los rasgos de su Hijo, Primogénito de muchos hermanos, los Franciscanos seculares acojan a todos los hombres con ánimo humilde y cortés, como don del Señor e imagen de Cristo.

El sentido de fraternidad les hará felices y dispuestos a identificarse con todos los hombres, especialmente con los más humildes, para los cuales se esforzarán en crear condiciones de vida dignas de criaturas redimidas por Cristo.

**14.** Llamados, juntamente con todos los hombres de buena voluntad, a construir un mundo más fraterno y evangélico para edificar el Reino de Dios, conscientes de que «quien sigue a Cristo, Hombre perfecto, se hace a sí mismo más hombre», cumplan de modo competente sus propios deberes con espíritu cristiano de servicio.

**15.** Estén presentes con el testimonio de su vida humana y también con iniciativas eficaces, tanto individuales como comunitarias, en la promoción de la justicia, particularmente en el ámbito de la vida pública, empañándose en opciones concretas y coherentes con su fe.

Posteriormente los artículos del **18 al 23** de nuestras CC. GG concretan y complementan a los de nuestra regla. Al cual motivo a todo hermano **realizar su lectura** después de escuchar este podcast (audios) o leer este artículo.

**CC.GG. 18.....23**  
PRESENCIA ACTIVA EN LA  
IGLESIA Y EN EL MUNDO

Teniendo estas bases, continúo con la reflexión. Los franciscanos sabemos que formamos parte de la gran familia de los hijos de Dios. Nuestra identidad más profunda, ser hijos del Padre, nos configura como hermanos de todos los hombres, creados a su imagen y semejanza. Sin embargo, también sabemos que las relaciones fraternas no son fáciles. A raíz del pecado original, el trato entre nosotros está marcado por la herida de la primera caída, que destruye la armonía de las relaciones entre los hombres, además de la relación del género humano con la creación. Desde los primeros hermanos de los que nos habla la Biblia, Caín y Abel, y el fratricidio cometido por el mayor, siempre ha habido conflictos familiares: Esaú y Jacob pelearon por la primogenitura, José fue traicionado por sus hermanos mayores, Moisés sufrió a causa de Aarón y Miriam...

También en el Evangelio encontramos hermanos entre los cercanos a Jesús: Pedro y Andrés, Santiago y Juan, María, Marta y Lázaro. Y también allí se asoman los enfrentamientos entre hermanos, tanto en los

ejemplos que Jesús propone a los que le escuchan –cuando el hijo pródigo de la parábola vuelve y su padre lo celebra con una fiesta, el hermano mayor se enfada, negándose a entrar en casa (cfr. Lc 15,28)– como entre las personas que lo rodean: “Maestro, di a mi hermano que comparta la herencia conmigo” (Lc 12,13); “Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en las tareas de servir? Dile entonces que me ayude” (Lc 10,40).

Sin embargo, Jesús ha dado a las relaciones humanas una nueva dimensión: “En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25,40). Él, haciéndose uno de nosotros, se identifica con el más débil de nuestros hermanos los hombres, el que más sufre, el que más injusticias padece. Ningún cristiano puede permanecer indiferente ante otra persona, porque en ella ve no solo a un igual, sino al mismo Cristo. En cada uno de ellos hemos de reconocer a Cristo, hemos de ver en cada uno de ellos a Jesús como nuestro hermano.

Comentando la parábola del buen samaritano, el Papa Francisco explica que recoge un trasfondo de siglos: “Poco después de la narración de la creación del mundo y del ser humano, la Biblia plantea el desafío de las relaciones entre nosotros. Caín destruye a su hermano Abel, y resuena la pregunta de Dios: «¿Dónde está tu hermano Abel?» (Gn 4,9). La respuesta es la misma que frecuentemente damos nosotros: «¿Acaso yo soy guardián de mi hermano?»

NO ME  
IMPORTA NADA  
MI HERMANO

(Gn 4,9). Al preguntar, Dios cuestiona todo tipo de determinismo o fatalismo que pretenda justificar la indiferencia como única respuesta posible. Nos habilita, por el contrario, a crear una cultura diferente que nos oriente a superar las enemistades y a cuidarnos unos a otros.

Si nos preguntaran, seguramente afirmaríamos que intentamos ver en los desconocidos a otro Cristo. Pero el desapego del hermano nos puede suceder, con frecuencia, en situaciones ordinarias. Podemos criticar a los políticos que no nos gustan en cuanto aparecen en las noticias, desconfiar de quienes son distintos por su presencia o comportamiento, despreciar o ignorar a quienes pertenecen a otro estrato social o tienen una situación económica distinta, discutir por un resultado deportivo o por cómo deben dormir los bebés. Incluso podemos juzgar con dureza a otros cristianos por considerar, con razón o sin ella, que no actúan como tales.

No podemos olvidar que la parábola del buen samaritano surge a raíz de la pregunta “**¿quién es mi prójimo?**”, formulada a Jesús por un maestro de la ley, que se quería justificar después de haberle preguntado sobre la vida eterna. La respuesta a la cuestión original la sabían ya sus oyentes, pues estaba en la Torá: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo” (Lc 10, 27; cfr. Dt 6,4 y Lv 19,18). Jesús va más allá al identificar ambos mandamientos: “Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es como este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas” (Mt 22,38-40). Al final de la parábola, cuando el maestro de la ley reconoce que la actitud adecuada es la de quien tiene misericordia del hombre malherido, Jesús le dice: “Pues anda, y haz tu lo mismo”.

En el Nuevo Testamento, por lo tanto, no hay dudas sobre qué se nos pide a quienes queremos seguir a Jesús. “Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás, y el que mate será reo de juicio. Pero yo os digo: todo el que se llene de ira contra su hermano será reo de juicio; y el que insulte a su hermano será reo ante el Sanedrín; y el que le maldiga será reo del fuego del infierno” (Mt 5,21-22). Transcurridos algunos años de esas

enseñanzas, Juan exhortaba a los primeros cristianos a vivir la caridad fraterna como parte indispensable del amor a Dios: “Si alguno dice: «Yo amo a Dios», y al mismo tiempo odia a su hermano, es un mentiroso. Pues si uno no ama a su hermano, a quien ve, tampoco puede amar a Dios, a quien no ve” (1 Jn 4,20).

Nosotros queremos “ver” al prójimo, tal como dice san Juan, y reconocer en él a Cristo mismo, especialmente en el caso de quienes sufren. A veces uno mismo ha estado en una situación dolorosa o de vulnerabilidad, otras veces nos hemos encontrado con ella: alguien que carece de vivienda con quien nos cruzamos habitualmente en la calle; compañeros de trabajo que sufren discriminación por su país de origen o el color de su piel; conocidos con una enfermedad degenerativa o problemas de movilidad que requerirían esfuerzos y gastos extraordinarios para llevar una vida digna; mujeres que encuentran obstáculos en su trayectoria educativa o profesional, por el solo hecho de serlo; niños y jóvenes que asisten a clase sin los recursos necesarios para realizar con éxito sus estudios; amigos enganchados a la pornografía, al juego o a la droga... Por no hablar de las guerras, el hambre, las epidemias o los desastres naturales que a muchos nos afectan o nos pueden afectar en el futuro.

A lo largo de los siglos, muchos valores cristianos han penetrado en la sociedad y la han hecho más humana. Poco a poco hemos aprendido a reconocer en el otro a alguien con dignidad, que merece ser tratado con respeto y cuyos derechos valen tanto como los míos. La filosofía, la sociología y el derecho, entre otras disciplinas, han ido explorando el valor de cada vida humana y la forma de protegerla, tanto a nivel individual como colectivo. El desarrollo en campos como la ingeniería, la economía y la medicina ha permitido mejorar las condiciones de vida de grandes sectores de la población mundial, aunque todavía queda mucho por hacer y no dejan de aparecer continuamente nuevos retos.

A veces percibimos que muchos echan en cara a los cristianos la falta de coherencia entre principios evangélicos y actuación pública o consideran que la fe es un refugio que permite evadir responsabilidades. Como si rezar fuera sinónimo de pasividad, o esperar la vida eterna llevara a desentenderse del mundo, olvidando a quienes nos necesitan.

NO HAY MEJOR  
PREDICACIÓN QUE  
LA DE TU VIDA, TUS  
ACTOS, TU  
COMPORTAMIENTO  
TU COMPROMISO.

En realidad, la fe colma de motivaciones inauditas el reconocimiento del otro, porque quien cree puede llegar a reconocer que Dios ama a cada ser humano con un amor infinito y que «con ello le confiere una dignidad infinita. Además que creemos que Cristo derramó su sangre por todos y cada uno, por lo cual nadie queda fuera de su amor universal. Y si vamos a la fuente última, que es la vida íntima de Dios, nos encontramos con una comunidad de tres Personas, origen y modelo perfecto de toda vida en común.

Hemos de animarnos frecuentemente a sentir al resto de personas, con lo que contiene, como algo muy nuestro, siguiendo las palabras de san Pablo: “ya sea el mundo, la vida o la muerte; ya sea lo presente o lo futuro; todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios” (1 Cor 3,22-23).

Ante esta realidad, nos alegramos con las alegrías de los demás, disfrutamos de todas las cosas buenas que nos rodean y nos sentimos interpe-lados por los desafíos de nuestro tiempo. A la vez, sentimos muy dentro del alma la situación del mundo, particularmente la triste realidad de la guerra, y de otras situaciones de grandes necesidades y sufrimientos de tantísimas

personas, especialmente de las más débiles”.

Dios nos ha dado el mundo por heredad, por lo que está en nuestra mano transformarlo. No hemos elegido el momento histórico o el lugar en el que vivimos, pero las circunstancias que nos han tocado son precisamente la ocasión con la que Dios cuenta para que saquemos adelante lo que Él mismo ha puesto en nuestras manos.

**Los franciscanos se-gla-res queremos un corazón a la medida del de Cristo, un corazón que sienta las ne-cesidades ajenas como pro-pias, y que nos lleve a ac-tuar en consecuencia.** Esto es un don de Dios: llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor”, pedimos al Espíritu Santo para nosotros y para todos en la Iglesia. A la vez, “obras son amores, y no buenas razones”: un cristiano comprometido con el amor de Dios, y nosotros franciscanos coherentes con lo que hemos profesado, es necesariamente un cristiano que busca activamente transformar la sociedad, luchando por hacerla cada vez más conforme con la lógica de Dios y su amor a los hombres.

Este compromiso se muestra, en primer lugar, en una oración encendida y constante, la insistencia filial de quien pide algo bueno para

las personas a las que quiere: En la oración debemos ser capaces de llevar ante Dios nuestros cansancios, el sufrimiento de ciertas situaciones, de ciertas jornadas, el compromiso cotidiano de seguirlo, de ser cristianos, así como el peso del mal que vemos en nosotros y en nuestro entorno, para que Él nos dé esperanza, nos haga sentir su cercanía, nos proporcione un poco de luz en el camino de la vida.

Además de la actitud de presentar a Dios todas estas necesidades, es un deber de justicia actuar para transformar el mundo, hacerlo más humano, más cristiano, más divino, mostrando la verdad, el bien y la belleza del plan de Dios para la felicidad de hombres y mujeres. Codo a codo con los demás, el franciscano busca, con la creatividad del amor, nuevas formas para que el mensaje que Cristo nos dejó en el evangelio se haga realidad en las circunstancias en las que nos movemos, aquí y ahora.

Esto se puede hacer de muchas formas: dependerá de las circunstancias del lugar, del momento histórico, del carácter personal, de las posibilidades que se tienen por las circunstancias familiares y laborales... y de las propias posibilidades económicas o sociales a la hora de ponderar las soluciones.

Por la propia naturaleza de la creación, enseña el Concilio vaticano II, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte; a la vez, los cristianos todos deben tener conciencia de la vocación particular y propia que tienen en la comunidad política; en virtud de esta vocación están obligados a dar ejemplo de sentido de responsabilidad y de servicio al bien común. Hay muchas maneras de hacer el bien, y la Iglesia anima a sus hijos a actuar desde la libertad y la pluralidad, sin imponer una determinada escuela.

La caridad da verdadera sustancia a la relación personal con Dios y con el prójimo; no es sólo el principio de las pequeñas

Otras veces, la capacidad transformadora vendrá por nuestra formación profesional o nuestra posición en la sociedad, mediante el propio trabajo, la movilización ciudadana o la decisión de dedicarse a la política: influir en proyectos de ley que faciliten a las familias el acceso a los recursos que necesitan, denunciar abusos de corrupción económica, acabar con costumbres que segregan a algún sector de la población... Un médico, una parlamentaria, el CEO de una empresa o una periodista pueden hacer bien su trabajo sin “meterse en líos”, pero también pueden “complirse la vida” para contribuir con su labor a la construcción de un mundo más justo.

La Iglesia proclama los principios morales en el ámbito social cuando están en juego los derechos fundamentales de la persona humana o la salvación de las almas. Instituida por Cristo para llevar a todos los hombres el mensaje de salvación, no puede quedarse de brazos cruzados ante todo lo que es humano. A partir del siglo XIX, para facilitar que la actuación de los cristianos fuera justa ante los nuevos modelos económicos, políticos y sociales, estableció algunos parámetros que

relaciones, como en las amistades, la familia, la fraternidad, sino también de las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas. Por eso, cada uno busca la forma de contribuir a resolver los problemas sociales que ve a su alrededor.

Muchas veces se puede hacer un gran bien con pequeños gestos

Muchas veces se puede hacer un gran bien con pequeños gestos y cariño, contribuye a educar la mirada ante los frágiles y vulnerables. Rechazar en el trabajo las conversaciones en las que se critica o difama a quien no está presente y no puede defenderse, fomenta los ambientes de respeto y confianza.

ayudaran a no perder de vista el mensaje del Evangelio ante esas situaciones novedosas. Por eso, el Compendio de Doctrina Social de la Iglesia recoge algunos principios que sirven de guía.

El principio del bien común, tal como dice el compendio de la doctrina social de la Iglesia, defiende que debe haber un conjunto de “condiciones de la vida social” que permitan “a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección”. El principio del destino universal de los bienes nos recuerda que “los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa”, en justicia y caridad.

Por **bien común**, es preciso entender “el conjunto de aquellas condiciones de la vida social que permiten a los grupos y a cada uno de sus miembros conseguir más plena y fácilmente su propia perfección” El bien común afecta a la vida de todos. **Respeto** a la persona. Las autoridades están obligadas a respetar los derechos fundamentales e inalienables de la persona humana.

Por el **principio de subsidiaridad**, “todas las sociedades de orden superior deben ponerse en una actitud de ayuda («subsidium») —por tanto de apoyo, promoción, desarrollo— respecto a las menores”; y así se cuida “la familia, los grupos, las asociaciones, las realidades territoriales locales, en definitiva, aquellas expresiones agregativas de tipo económico, social, cultural, deportivo, recreativo, profesional, político, a las que las personas dan vida espontáneamente y que hacen posible su efectivo crecimiento social”.



El **principio de participación**, sigo exponiendo lo que nos propone la doctrina social de la Iglesia en su compendio, es consecuencia de lo anterior, y “se expresa, esencialmente, en una serie de actividades mediante las cuales el ciudadano [...] contribuye a la

vida cultural, económica, política y social de la comunidad civil a la que pertenece. La participación es un deber que todos han de cumplir conscientemente, en modo responsable y con vistas al bien común”. Por último, el principio de solidaridad “implica que los hombres de nuestro tiempo cultiven aún más la conciencia de la deuda que tienen con la sociedad en la cual están insertos [...]. Semejante deuda se salda con las diversas manifestaciones de la actuación social”.

Estos principios nos hacen descubrir que muchas de las iniciativas sociales que florecen a nuestro alrededor, como nuestros proyectos de acción social, se apoyan en valores compartidos. Estudiarlos y darlos a conocer puede ser la ocasión de trabajar en la construcción de una sociedad más justa.

Hay cuatro valores fundamentales sobre los que se apoyan los principios de la doctrina social de la Iglesia: la verdad, la libertad, la justicia y el amor.



El amor al prójimo debe impulsar la vida de los cristianos, tanto a nivel personal como social. **La Iglesia no solo debe anunciar la Palabra, sino también realizar la Palabra, que es caridad y verdad.** Lo hemos visto tal vez de forma más clara en los últimos años: ante crisis globales, hay una respuesta de solidaridad que une a quienes sufren juntos. Hay familias que se reencuentran ante la enfermedad de un ser querido, o vecinos que empiezan a hablarse cuando se ven forzados a pasar más tiempo en casa.

Lo que desde fuera acaso parezca un simple gesto de buena educación o una muestra de amabilidad, puede de hecho reflejar el amor de Dios por cada uno: “El amor, lleno de pequeños gestos de cuidado mutuo, es también civil y político, y se manifiesta en todas las acciones que procuran construir un mundo mejor. Por esa razón, el amor no sólo se expresa en relaciones íntimas y cercanas, sino también en las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas” (*Fratelli tutti*, n. 181.). La unidad de vida de un cristiano coherente le lleva a actuar con caridad a todos los niveles, tanto en lo que le toca de cerca como en los temas más lejanos.



Partiendo del respeto a todos, poniendo el bien de cada persona por encima de ideas u opiniones, los cristianos podemos intervenir en todo tipo de cuestiones, con responsabilidad y creatividad, sin atribuir a la Iglesia lo que es el modo de hacer de cada uno. Los cristianos gozáis de la más plena libertad, con la consecuente responsabilidad personal, para intervenir como mejor nos plazca en cuestiones de índole política, social, cultural, etcétera.

Y aunque nos suene extraño, esto lo defiende el Concilio Vaticano II.

Benedicto XVI comentaba: **“quien ama con caridad a los demás, es ante todo justo con ellos”**.

No basta decir que la justicia no es extraña a la caridad, que no es una vía alternativa o paralela a la caridad: la justicia es (...) intrínseca a ella. La justicia es la primera vía de la caridad<sup>1</sup>. Y viceversa: la lucha por el bien común siempre estará guiada por la comprensión y el respeto. No tendría sentido buscar la justicia con dureza de corazón o alegrarnos de algo objetivamente malo porque confirma nuestra opinión.

Ante personas cercanas que sufren las consecuencias de acciones o modos de vida contrarios a la moral, o que rectifican y quieren acercarse a Dios o a otro estilo de vida, la única postura posible en un cristiano es el acompañamiento lleno de cariño y comprensión, nunca una respuesta autocomplaciente que mira a los demás por encima del hombro. Al igual que la Iglesia entra en diálogo con el mundo desde la caridad, nosotros, desde el mundo, buscamos una conversación abierta a todos, que incluya a todos y no se cierre ante propuestas que percibimos como amenazas, sino que sepa acoger distintos puntos de vista, aprendiendo de los demás.

Tampoco los apóstoles eran un conjunto uniforme. Venían de entornos distintos, tenían

diferentes profesiones, caracteres a veces poco compatibles, opiniones opuestas... Pero los unía el amor a Cristo y la misión de llevar al mundo la Buena Nueva. Así, conjugando la primacía de Pedro y la colegialidad con su propia identidad, cumplieron el mandato de Cristo: “Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura” (Mc 16,15).

Esta obligación cristiana del amor al prójimo se realiza, como todas, partiendo del amor de Dios por los hombres. Es Él quien transforma los corazones y renueva el mundo: “La caridad y la justicia no son únicamente acciones sociales, sino que son acciones espirituales realizadas a la luz del Espíritu Santo”.

**Sabemos** que no podemos conseguir una justicia perfecta en la tierra, y contamos con la justicia de la vida eterna. Sin embargo, eso no nos lleva a descuidar nuestros deberes terrenos, porque sabemos que la vida eterna dependerá de lo que nos hayamos esforzado aquí por vivir ese “a mí me lo hicisteis” de Jesús. Esperamos transformar el mundo, contribuir a la felicidad de aquellos que nos rodean, y ser felices así también nosotros, porque oímos de labios de Jesús lo que prometió un día a quienes le escuchaban: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque quedarán saciados” (Mt 5,6).

PARA ESCUCHAR EL AUDIO 🎧 <https://youtu.be/z5dD8owkA2I>

Nuestro caminar debería ser siempre al ritmo ágil y libre de Jesús; siempre atentos a quienes quedan descartados al borde del camino. Donde no haya cabida a la indiferencia del sufrimiento humano.

## ACCIÓN SOCIAL

### PROYECTO AYUDA A LAS FRATERNIDADES

En el Retiro de Cuaresma la **aportación de leche** fue de 138 litros de Murcia y en dinero Jumilla donó 60€ y se recogió más dinero de otras fraternidades y hermanos.

**RECORDAMOS QUE SE PUEDE HACER TAMBIÉN A TRAVÉS de la página web:**

<https://latiendecicaonline.com/>

